

eso debe de haber pasado en el *Falke*. No sé por qué no exploté más esta idea. Otro personaje que me viene a la mente es Lord Jim, sólo que más viejo, cansado y, por supuesto, sin la redención final.

—*Ya al final de la novela, refiriéndose a su experiencia como joven médico en el sanatorio de Llobregat, Rafael Vegas le escribe a Gallegos: «Dice un investigador que la historia es como una plataforma donde rebota todo lo que nos acontece, impidiendo que lo vivido pueda transformarse en experiencia. Esto hace que nos quedemos continuamente en la superficie, sin llegar jamás a profundizar, sin llegar a tener una visión interior, sin llegar a unir nuestro pasado a la historia del hombre sobre la tierra. Tenemos pues que Venezuela es un país histérico sometido a una repetición infernal. Nuestra mayor pobreza es carecer de una verdadera historia de nuestro empobrecimiento». Creo que casi todas las reseñas que se han escrito sobre tu libro citan estas frases, como si fueran la cifra, el resumen o la clave de lo que Falke nos dice sobre la situación actual de nuestro país. Yo me pregunto y te pregunto, sin embargo, qué tan de acuerdo (o en desacuerdo) está el autor Federico Vegas con ese diagnóstico de Rafael Vegas. O para ponértelo mas claro: hoy por hoy, ¿qué tan histérica es para ti la historia de Venezuela, Federico?*

—Comienzo hablándote de un sueño en el que cargaba un inmenso frasco que, de repente, se deslizó entre mis brazos y se partió sobre un piso de granito pulido. Era peligroso e inútil recoger los pequeños fragmentos de vidrio. El estrépito y el desastre eran irreversibles y definitivos. Me quedó en el alma y en los brazos una inmensa sensación de fracaso. Al tratar de encontrar un significado a mi sueño sentí que había algo en las letras de «frasco» que lo emparentaban con «fracaso». Esta relación entre el fracaso y un frasco roto, que comenzó siendo onírica y luego onomatopéyica, resultó ser también etimológica. «Fracasar» viene del italiano *fracassare*: «destronar», «quebrar ruidosamente, hacer trizas». Y este *fracassare* procede a su vez del latín *quassare* «quebrantar». Por otro lado vemos que «Frasco», viene del gótico *flasko*: «funda de mimbre para una botella». Una de las derivaciones directas de frasco es «fiasco», un reconocido pariente de «fracaso». Lo terrible de llevar a cuestas por la vida un frasco lleno de proyectos y fantasías es la ambigüedad y la incertidumbre que sentimos al rodearlo y sostenerlo entre los brazos. No sabemos si lo protegemos de

tropiezos y dificultades externas, o si somos nosotros mismos quienes en un aparente descuido podemos aflojar las manos y dejar caer a nuestra preciosa carga. ¿Es suficiente avanzar con sigilo frente a posibles trampas externas para tener éxito, o debemos también estar prevenidos contra ese íntimo enemigo que se esconde en algún lugar de nuestros codos y muñecas? Jung describe la histeria como una repetición infernal rebotando constantemente sobre una plataforma, pero podemos también imaginar un frasco que se va llenando e hinchando fatuamente de aquello que no hemos sabido asimilar, el peso de las verdades asumidas, las experiencias desperdiciadas, los mitos ajenos, la paciencia abúlica. Llega un momento en que el contenido no guarda relación con el continente, y esta desproporción 'expande el frasco haciéndolo cada vez más insostenible. El miedo nos incita a aferrar desesperados el enorme recipiente y así es cómo sofocamos a nuestra propia historia, una historia que no hemos asumido y que ya es imposible digerir. Sentimos terror de que aquello que contiene lo acontecido se caiga, se quiebre y nos hiera con sus fragmentos. Es entonces cuando, paradójicamente, la única salida es el acto de romper ese frasco. Pero no tenemos la valentía de lanzarlo al piso sino que, muchas veces, inconscientemente, lo dejamos caer. ¿Cuál será entonces la verdadera identidad del fracaso? ¿Se agazapa en nuestro interior o nos acecha desde rincones que no nos pertenecen? ¿Limpia y es reutilizable, o corta y es irreconstruible? ¿Es una entrada o una mala salida? ¿Merece ser bienvenido y aceptado o solo es digno de exorcismos y de un alerta rechazo? Y aquí llegamos a la reflexión del *Falke*: la peor opción es que el frasco rebote, y siga engordando.

—*Termino con otra cita de las páginas finales de Falke: «¿Existirá un manifiesto político más esclarecedor, más penetrante e impercedero que sus novelas?», le dice Rafael Vegas a Gallegos en la misma carta. Creo que Falke es, en más de un sentido, una novela galleguiana y de esto hemos estado conversando, pero me gustaría saber cuál es hoy tu lectura, dentro y fuera de la novela, de esa dimensión política de la novelística de Gallegos. ¿Qué nos dice de nuestro pasado, qué de nuestro porvenir?*

—Te hablé tanto del frasco que olvidé responderte sobre el histerismo venezolano. Yo tuve la inmensa suerte de ser paciente de Herrera Luque a los 20 años. Aunque si al tipo no llega a darle una úlcera —que

aprovechó para retirarse a escribir— yo no estaría contando el cuento. Digo suerte porque fue tan extrema y desquiciada su terapia que abrió en mí territorios que las almas en paz desconocen. Me asustaba, recuerdo, con el hecho de que mi padre pagaba sus honorarios. Citaba encuestas donde se comprobaba que las mujeres a las que el marido les paga la consulta tienen menos *chance* de recuperarse. Decía que eran, simplemente, más histéricas, que se aferraban más a sus frascos por ser incapaces de tener uno propio. Según esa ecuación machista, Venezuela sería una mujer histérica mantenida por un accidente natural. O digamos que tiene bases económicas que se prestan al histerismo, a rebotar en sus enfrentamientos con la realidad. Si a esto le añades una figura masculina posesiva, epicéntrica, cada vez más fuerte y dueña de una riqueza desmedida con la que se puede disfrazar cualquier realidad, se generan casos de histerismo radical, como el de juntar en un auditorio a todos los jueces de la república, tribunal supremo incluido, y ponerlos a gritar: «¡Uh, ah, Chávez no se va!». Esa alegría servil ejemplifica la reflexión de Gallegos que incluí en la carta que le inventé: «Los venezolanos no sólo somos rebeldes a toda ley, deber o autoridad, sino también esclavos a toda fuerza e instrumento de toda tiranía». De Gallegos tomo tres cosas que creo ya te he citado: su capacidad de investigación, su amor y comprensión por los malos del cuento, y la cara que tenía cuando lo llevaban al aeropuerto después de derrocarlo. Creo que estaría pensando: «El que se mete a presidente de Venezuela, o a escritor, es porque no tiene nada mejor que hacer».

París-Caracas,
diciembre de 2005-febrero de 2006



Banco de Pichincha, Quito